

EN MIS LÁGRIMAS

*Verónica Añover**

A Ana y a Gisèle

En mis lágrimas queda el sabor de tu recuerdo. Reconozco en mí facciones que compartíamos. La misma risa generosa, de dientes blancos y labios pulposos. Los mismos ojos negros penetrantes y profundos, cuya mirada embauca y sobrecoge. El mismo pelo sedoso, sensual y enigmático. Pero ya no estás. Ya no eres. ¿Serás, allá donde estés? ¿Nos ves? ¿Nos oyes llorar?

Miro al vacío y veo mis lágrimas rodar, veloces, por la gravedad. El vértigo me acongoja y la altura me corta el soplo. Me cuesta respirar a la vez que sollozar. La vida allí abajo es una miniatura. Un microcosmos que se despliega ante mis ojos. Cada ser pasando con su historia, su tragedia o su alegría. Los transeúntes se cruzan inmutables. ¿A quién le importa nuestra pena? Y ¿quién puede comprender la propia sino uno mismo? Mis lágrimas caen, perdiéndose en el vacío, iniciando una bajada vertiginosa e infernal. Como la tuya. La misma bajada que emprendiste tú. Alzaste el vuelo para liberarte, pero te desplomaste. ¿Por qué lo hiciste? Te fuiste así, sin decir nada, sin dejar rastro detrás de ti.

Veo a dos reírse allí abajo, en un banco, mientras aquí arriba vivo una tragedia. Cómplices, risueños, amigos de la vida. Para ti la vida era enemiga. Sin embargo, tú también parecías estar siempre feliz. Te reías a carcajadas, desplegando

una energía que parecía sincera. Sinceridad. Eso es precisamente lo que a ti te faltaba. Escondías una angustia atroz debajo de ese símil de alegría. Alegría postiza, de quita y pon, según la ocasión. ¿Con quién eras tú misma? ¿A solas contigo misma? Mujer de dos caras, una feliz e inocente, la otra deshecha y fragmentada.

La vida te pesaba, la sociedad te mataba. Poco a poco la miseria se metía en ti hasta hacerse tuya. Se caló en tus huesos, se apoderó de tu médula. El mundo era demasiado vil para ti. No supiste protegerte, ignorando la pena y siendo ciega al dolor. Es la única manera de no ser vulnerables. Tú lo eras y por eso caíste. Te arrastraron hacia abajo las bajezas de este mundo. ¿Habrá encontrado tu alma un lugar donde elevarse entre pureza?

Ya es de noche y la calle se va quedando vacía. La oscuridad aumenta abriéndose el abismo ante mis ojos. Miro hacia arriba y me pregunto si te habrás convertido en estrella. Brillante y etérea, la más joven de todas. Veinticuatro años. Todo un futuro por delante y todo un pasado atormentado. Las páginas de tu vida permanecerán blancas. Blancas como tú. Como esa nota tuya que busqué y no encontré. Esa explicación tan esperada, ese último adiós, señal de despedida eterna. Eterna despedida como la pena. Conmigo para siempre, hayándome sin ti.

* Profesora, California State University San Marcos, U. S. A.

Te encontraron temprano por la mañana. Yacías inerte, tu cuerpo fragmentado, reflejo de tu vida rota. Unos desconocidos dieron contigo. Por lo menos, te fuiste de esta vida llevándote algo mío: la camiseta blanca que te regalé. ¡Qué consuelo! Al abrir tus cajones, sentí el olor de tu perfume impregnado en tu ropa. Desde entonces, sólo me visto de ti, y huelo a ti. Te huelo y me creo que estás ahí. Creo verte aparecer en las esquinas. Pero es sólo una visión de mis sentidos. Una aparición, en eso te has convertido. Poco a poco sé que se irá desvaneciendo tu perfume al igual que tu imagen, la cual aún tengo muy viva. Escucho tu música, leo tus libros y duermo en tus sábanas. Quiero vivir en ti, por ti, revivirte. Llamo tu nombre en mis sueños y sólo en ellos te veo viva. En ellos te recreo, te devuelvo la vida que te quitaste. Al igual que lo hago hoy, grito mi pena al universo impávido. Mi pena es mía, es lo único que me queda tuyo.

Nadie me la podrá arrebatarse. Me ahogo de dolor en mis lágrimas.

Lo peor no es el vacío que deja tu huída sino el silencio. Contra él me encaro y le pregunto por ti todos los días. Sordo y mudo no contesta. Porque él tampoco sabe.

Arrojaste tu existencia desde la misma ventana donde hoy inclino mi llanto. Diecisiete pisos desfilaron antes de tocar fondo. ¿Pensaste en nosotros? Seguramente no, sino te lo hubiésemos impedido. Te hubiésemos retenido. Pero tu angustia pudo más que tu miedo. Una angustia insostenible que sólo la muerte disipó.

Amanece un día nuevo como si nada. El tiempo no se para a consolarnos ni la tierra deja de girar para calmar nuestro dolor. Seguimos todos nuestra carrera hacia la muerte, esa que tú provocaste. Y yo seguiré mi paso por la vida, llevando el sabor de tu recuerdo en mis lágrimas, por siempre torrente.